
Vespucio vs Colón: Stefan Zweig, detective y magistrado, en acción

José M. Domínguez Martínez

Resumen: Este artículo tiene como finalidad realizar una reflexión acerca de cómo los avatares del destino condicionan la percepción social de la paternidad de los grandes eventos históricos, tomando como referencia la obra de Stefan Zweig “Américo Vespucio. Relato de un error histórico”.

Palabras clave: Américo Vespucio; Cristóbal Colón; Stefan Zweig; América.

Códigos JEL: N00; Y30.

La atribución de la paternidad de los grandes hitos y eventos está jalonada de errores, equívocos e injusticias a lo largo de la historia. Desde aportaciones teóricas o empíricas concretas en el ámbito científico, de mayor o menor alcance, hasta los grandes descubrimientos e inventos, los ejemplos son abundantes. En otras ocasiones, el reconocimiento de una figura eclipsa completamente la labor realizada por otros personajes que permanecen en el olvido, e incluso no faltan planteamientos desafiantes de convicciones firmemente establecidas¹.

La gesta de la primera circunnavegación es uno de los hitos de la humanidad que se ve sujeto a distintas conjeturas. Stefan Zweig en su gran obra sobre Magallanes efectúa un conjunto de reflexiones de gran altura². En un opúsculo posterior, originariamente publicado en 1944, el escritor austríaco despliega una auténtica labor detectivesca por los vericuetos de los avatares históricos que propiciaron que el Nuevo Mundo fuera bautizado con el nombre de un agente comercial bancario florentino convertido en su etapa madura en intrépido navegante, Américo Vespucio³. Y, después de esa impagable labor investigadora, después de jugar y confundir al lector con giros insospechados, no duda en

ejercer de magistrado para dictar su veredicto sobre el gran contencioso, que, aunque ya no tenga remedio, sigue latente en las mentes contemporáneas: América vs Colombia, ¿dónde radica la verdadera justicia, en uno de estos dos nombres, o fuera de ellos?

En línea con su acreditada trayectoria, Zweig nos ofrece, no sólo un valioso compendio de las fuentes históricas referentes a esa intrincada controversia, sino también una joya literaria y de pensamiento.

¿Por qué recayó en Vespucio el honor de inmortalizar su nombre?, se pregunta, de entrada, Zweig, y ya desde el inicio anticipa, como tesis que defenderá luego con ahínco y maestría, que “Cómo sucedió esto [la designación del Nuevo Mundo como América] es una maraña de causalidades, errores y malentendidos...”. Exonerado por el novelista de su culpabilidad en la usurpación del descubrimiento del nuevo continente, resalta la “paradoja de que Colón descubrió América, pero no la reconoció, y Vespucio no la descubrió, pero fue el primero en reconocerla como un nuevo continente”.

Y, asimismo, Zweig nos recuerda que “un hecho nunca es decisivo por sí solo; lo que cuenta es el conocimiento que de él se tiene y sus consecuencias. Quien lo narra y explica a menudo puede resultar más importante para la posteridad que quien lo llevó a cabo”. En cualquier caso, sí es de justicia reseñar que Vespucio no obtuvo en vida réditos materiales de los méritos atribuidos con más o menos fundamento.

¹ A este respecto resultan particularmente llamativos los casos cuestionados por T. Wolfe, “El reino del lenguaje”, Anagrama, 2018. Una reseña puede verse en J. M. Domínguez Martínez, “‘El reino del lenguaje’: un viaje sorprendente de la mano de Tom Wolfe”, *neotiempovivo.blogspot.com*, 1 de agosto de 2019.

² Vid. S. Zweig, “Magallanes: el hombre y su gesta”, *Capitán Swing*, 2019. De esta obra se ofrece una reseña en este mismo número de la revista *eXtoikos*.

³ S. Zweig, “Américo Vespucio. Relato de un error histórico”, *Acantilado*, 2019.

A través de un pulcro y vibrante relato, el gran escritor austríaco describe, primero, el entorno histórico que lleva a la época de los descubrimientos; identifica luego todas las piezas que tienen algo que ver, directa o indirectamente, fortuita o premeditadamente, justificada o injustificadamente; somete las pruebas a contraste; deja que los testigos se expresen y, por último, una vez instruida la causa, imparte justicia. De esta manera, conduce al lector, ávido de que aquella prevalezca, por caminos inestables, y también inescrutables, hasta ofrecerle un aparente -sólo aparente-remanso de paz.

Actúa Zweig movido por una reconfortante convicción, la de que, “Afortunadamente, la historia es una dramaturga excelente y tanto para sus tragedias como para sus comedias sabe encontrar un desenlace deslumbrante”. Aun cuando es cierto que, a medida que avanzan los actos que el escritor acota en el drama objeto de escrutinio, algunas verdades y algunas falacias quedan refrendadas, desafortunadamente, con carácter general, la insigne dramaturga no siempre está dispuesta a que la verdadera trama vea la luz. Hay relatores impostores con habilidades y recursos eficaces para moldear el curso de los acontecimientos según sus intereses. Al margen de este fenómeno, las dificultades que ha de afrontar cualquier difusión extemporánea de explicaciones, como las relacionadas con la propagación de nuevas fuentes de conocimiento, tienden a asentar las exégesis tradicionales, implantadas, a veces irremisiblemente, en la conciencia colectiva⁴.

En buena medida, y tal vez alumbrando alguna contradicción, Zweig se decanta finalmente por la tesis de que “Quien espera un trato justo de la historia pide más de lo que ella está dispuesta a dar: a menudo asigna proeza e

inmortalidad al hombre medio y relega al anonimato y la sombra a los mejores, los más audaces y sabios”.

Después de todo, no resulta un panorama demasiado alentador, como tampoco asumible en toda su extensión la resignación a la que, en última instancia, parece reconducirnos el gran escritor: “No fue la voluntad de un hombre la que elevó este nombre efímero [América] a la inmortalidad, sino la voluntad del destino, que siempre observa la justicia, aun cuando aparentemente cometa injusticias. Donde impere esa voluntad superior, nosotros debemos conformarnos”.

Desde luego, nadie pretendería cuestionar ahora, y aun menos revertir, el uso del nombre de América, pero esa aceptación pragmática no permite elevarla a categoría universal.

⁴ “¿Cómo saber qué parte de aquello era verdad y qué parte era mentira?”, se preguntaba el personaje de la novela de George Orwell “1984” (Penguin, 2013, pág. 83). La denominada “posverdad” ha encontrado recientemente amplios cauces a través de los que ejercer una influencia desmedida. Vid. J. M. Domínguez Martínez, “Información, desinformación y posverdad”, neotiemposvivo.blogspot.com, 10 de julio de 2019. Como sentenció Orwell (op. cit., pág. 226), “El pasado es lo que dicen los archivos y el recuerdo de las personas”; de ahí la importancia de que pueda accederse libremente a los archivos, y de que la información —contrastable— fluya abiertamente.